

listo

**ESPACIOS JUVENILES
EN LAS GRANDES CIUDADES.
Relaciones de cooperación entre la sociedad civil y el Estado**

ÁLVARO ANDRÉS PACIELLO*

LA EXPERIENCIA DE TRABAJO con jóvenes es rica y fecunda cuando se puede compartir con técnicos, educadores, gestores, agentes locales y decisores de políticas de juventud en los más amplios niveles de actuación.

La demanda de espacios que los jóvenes de las ciudades latinoamericanas plantean cotidianamente a los responsables de las políticas de juventud nos hace reflexionar sobre las principales preocupaciones de este tramo etéreo.

El reconocimiento de los problemas planteados nos ubica en una real dimensión a la hora de realizar diagnósticos y planificar objetivos tangibles y alcanzables.

Tomando como ejemplo la situación de la juventud en el Uruguay y el desarrollo de las políticas estatales destinadas a este sector, podemos ensayar una aproximación acerca del lugar que ocupan los jóvenes en la agenda política de la región y, en consecuencia, reconocer su incidencia en la sociedad.

La creación, desde unos cinco años atrás, y el desarrollo de Centros Juveniles (Uruguay), Casas de Juventud (Argentina) y Casas

* Licenciado en Sociología, Universidad de la República, Uruguay. Desde 1991 asesor en el Área de Juventud de la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM).

de la Juventud en comunas chilenas, constituyen escenarios de partida para aproximarnos a la definición de las políticas locales de juventud en la región.

I. INTRODUCCIÓN

Los jóvenes en el Uruguay, a diferencia de los demás países latinoamericanos, constituyen una minoría en la pirámide poblacional que indica el porcentaje de los distintos tramos etáreos.

La última Encuesta Nacional de la Juventud nos dice que la población joven de nuestro país (menores de 29 años) es de aproximadamente 600 mil personas. De éstos, cerca de la mitad (322 mil) residen en Montevideo, conformando un 28% de los montevideanos.

Globalmente una mayoría de los jóvenes alcanza la educación secundaria de primer nivel, acrecentándose la deserción a partir del ingreso al segundo nivel, generalmente destinada a su integración laboral. De acuerdo a estos datos, la misma encuesta señala que la principal preocupación de los jóvenes es la «falta de empleo» con un 53% de los entrevistados, y en segundo lugar se ubica la «falta de espacios juveniles», con un 40%.

Esta segunda preocupación de los jóvenes montevideanos motiva la elección del tema del presente trabajo, en el que se intentará abordar posibles estrategias para tender puentes hacia esa necesidad insatisfecha.

Debo aclarar que al hablar de políticas sociales (en este caso acotadas a un tramo etáreo) no se puede hablar de una única política homogeneizadora de la realidad social, ya que reconociendo la existencia de diferentes sectores de jóvenes, se torna imprescindible pensar las diferencias y matices existentes entre ellos.

Esta observación es necesaria ya que debemos partir de las diferentes preferencias, necesidades e intereses en los distintos sectores juveniles, fruto de sus diferencias territoriales, culturales, educativas, socioeconómicas y de edades.

Uno de los escenarios de las políticas municipales de juventud lo constituyen los Centros Juveniles, Casas de Juventud, Casas de Jóvenes y distintas expresiones que denominan un lugar físico destinado a los jóvenes con la mediación en mayor o menor medida de los gobiernos locales de la región.

Por lo general asisten a los mismos jóvenes y pre-adolescentes

de diferentes vertientes. Los actuales Centros Juveniles de la Intendencia Municipal de Montevideo, son gestionados por diversas ONG'S y suponen la asignación de recursos (humanos y materiales), coordinaciones entre diferentes actores y cierto grado de organización con vistas a facilitar la participación del grupo objetivo definido para cada zona.

Desde una experiencia más institucionalizada, las Casas de la Juventud de distintas localidades de Chile, establecieron como condición para su existencia la asignación de recursos municipales para su gestión y la conformación de grupos juveniles fuertemente asociados, registrados ante autoridades competentes y con estatutos establecidos para su funcionamiento.

La puesta en marcha de propuestas como las antes descritas permiten interrogarnos acerca de cuestiones vitales para el éxito de estos programas:

- ¿Son los Centros Juveniles espacios aptos para el desarrollo y la participación juvenil a nivel local?
- ¿Cómo es y en qué debiera mejorar el relacionamiento, siempre difícil, entre los actores públicos y privados que intervienen?

Las respuestas a las anteriores preguntas se constituyen en aspectos claves para la interpretación de un estado de situación que profundice las acciones emprendidas desde o con participación de los organismos estatales, cuya finalidad sería *optimizar las intervenciones institucionales, gubernamentales y no gubernamentales dirigidas a los jóvenes, especialmente las que privilegian el espacio local.*

Una de las hipótesis que debiera guiar las acciones en ese sentido podría formularse de la siguiente manera:

«El estudio y la implementación de programas que promuevan la conformación de casas de jóvenes, estimularía el asociacionismo y la participación juvenil en las diferentes barriadas».

Dada mi participación en la Comisión de Juventud de la Intendencia Municipal de Montevideo, de la cual soy integrante desde 1991, el tema propuesto puede llevar implícito cierto grado de subjetividad a la hora de la investigación. Sin embargo, intentaré ser lo más objetivo posible a esta preocupación por encontrar un método posible de análisis.

Por último, es necesario aclarar que tratándose de un tema inserto en el actual proceso descentralizador encarado por los distintos gobiernos de la región, aún no hay ningún tipo de análisis ni de seguimiento sistemático sobre la marcha de estas experiencias.

II. LOS JÓVENES Y LOS ESPACIOS JUVENILES

Mucha literatura se ha escrito sobre la juventud: sus hábitos, sus gustos, sus costumbres y sus preocupaciones a la luz de los tiempos que corren. Obviamente, la juventud de hoy en día no es la misma que la de los años sesenta o setenta. Tampoco es la de los años ochenta. Es simplemente la de los años noventa y eso tiene cosas aparentemente buenas y aparentemente malas.

Lo que resulta inevitable es desconocer que tanto los jóvenes como los adultos y las mujeres como los hombres, vivimos en una era en donde (entre otras cosas) la globalización cultural, de la mano de los medios masivos de comunicación y las innovaciones tecnológicas, nos brinda un abanico de realidades tan diferentes como conocidas, tan lejanas como asumidas. Hoy en día, por ejemplo, los jóvenes de nuestro continente visten las camisetas de los equipos de fútbol de Italia, Alemania o Brasil, usan los gorritos de la NBA y saben uno por uno los nombres de los integrantes de los Chicago Bulls.

Asistimos, grandes y chicos, a las elecciones en Estados Unidos sabiendo cuántos puntos de ventaja habían entre los candidatos y poco a poco nos vamos acostumbrando a la necesidad de instalar el cable en la TV y, cada vez en más ámbitos, a usar los servicios de Internet.

Estos ejemplos no hacen más que remarcar que los nuevos tiempos corren para todos por igual, y que si a ciertos sectores (como al juvenil) se le quiere poner el rótulo de la apatía, el narcicismo, el individualismo y la falta de solidaridad, debemos coincidir en que estas condiciones están presentes en toda la sociedad, sea adulta o no.

Acordamos que en muchos de los datos cuantitativos que se utilizan para tener una imagen de la juventud se confunden de manera arbitraria distintas realidades, imponiéndose así la imagen de un «joven» que es un promedio irreal de numerosos y diversos tipos sociales. Esto no quiere decir que no seamos capaces de reconocer en la juventud a un sector vulnerable y excluido en diversas áreas reservadas para el mundo mayor.

Según el sociólogo Alain Touraine las sociedades

latinoamericanas tienen dos visiones de su juventud:

Lo que llama la atención es la oposición entre las dos imágenes que tienen los países latinoamericanos de su juventud: instrumento de la modernización, o elemento marginal y hasta peligroso... Este contraste corresponde en parte a la oposición entre juventud de clase media y juventud llamada marginal, pero como se trata de categorías más bien construidas que observadas, tiene un sentido más profundo: es la oposición entre dos imágenes que tiene la sociedad de sí misma y de su porvenir.¹

Siempre se dijo que los «jóvenes son el porvenir» y se depositaron en ellos la confianza, la esperanza del país todo, basado en la idea de progreso, modernización y avance tecnológico. Cuando se pensaba en la juventud siempre se asociaba a los estudiantes universitarios movilizados, a los bailes de moda y en general, en todo aquello que resultaba tan innovador como positivo, a tal punto que los temas de juventud nunca fueron prioritarios en las políticas públicas. Sin embargo, la otra imagen de la juventud, sobre todo en estos últimos tiempos, hace referencia a la marginalidad, principalmente urbana, de los jóvenes sin empleo que vienen de familias rotas, violentos, asociados con el alcohol o la droga, los jóvenes que logran sobrevivir gracias a trabajos mal remunerados y muchas veces al margen de la legalidad.

Condenados a la exclusión sociocultural por la ubicación geográfica de sus viviendas, estos jóvenes tienen la impresión de que nadie los quiere, ni siquiera sus allegados. Posiblemente ésa sea una de las claves a tener en cuenta a la hora de gestionar un espacio en donde conviven adolescentes provenientes de estos hogares.

¿Cómo hacer de la participación social un objetivo en una sociedad donde tantos jóvenes se encuentran excluidos o marginados? Esta también es una de las preguntas claves que debe rondar permanentemente.

En una sociedad cada vez más dualista, algunos sociólogos afirman que ya no estamos ante dos clases diferenciadas: «los de arriba» y «los de abajo», sino ante los que participan en la carrera y los que ya han abandonado.

Sin dudas estamos ante una reflexión que aporta en gran forma no sólo a la discusión sobre los fenómenos de la exclusión

1 Alain Touraine: «Juventud y democracia en Chile». *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1. Organización Iberoamericana de Juventud, Madrid, 1996. También en *Última Década* N°8. Ediciones CIDPA, Viña del Mar, 1998.

social, sino también a la propia política de gestión de los espacios juveniles estatales. El poco peso sectorial de la juventud hace que, entre otras cosas, la reflexión en torno a los temas específicos sea nueva para la mayor parte de los países y gobiernos locales.

Paradójicamente, es en el ámbito local que encontramos el escenario idóneo para intentar generar espacios de participación ciudadana al interior de los países.

Si analizamos la información contenida en un periódico barrial, la programación de una radio comunitaria o de alcance zonal, podemos observar que quienes forman parte de la misma son los personajes, instituciones o referencias obligadas del barrio, tan cotidianos como cercanos.

En el otro extremo los sucesos mundiales presentados por los medios de comunicación en simultáneo, tanto a Montevideo como a Cartagena o Madrid (referidos unas veces a desastres ecológicos, otras a guerras étnicas o competencias deportivas) a menudo conllevan a una pérdida de identidad y por consiguiente, pérdida de interés en algo tan común como lejano.

Esa sensibilidad aparentemente perdida aparece ante la posibilidad de ver en escena alguien con quien charlamos en la mañana o el club en donde juegan los nietos. Entre otras cosas, es esa sensación de «ser locatarios» la que mantiene el éxito de los canales locales que se emiten por cable en los pueblos del interior de cada país.

Todo esto conforma una identidad local muy fuerte, en la que aparecen signos de solidaridad, participación y cierto orgullo materializado en la publicación, en la estación radial o en quienes llevan adelante el emprendimiento.

Dicho lo anterior, es necesario aclarar que a nivel local también surgen las identidades y se desarrollan las diferencias, a veces por una calle, otras por la población establecida o por las características de las viviendas.

1. La población objetivo de las políticas de juventud

Por una definición política, las políticas locales de juventud buscan establecer contacto y comunicación con los sectores más carenciados socialmente, intentando llegar a jóvenes desertores del sistema de educación formal, buscadores de trabajo y excluidos social y culturalmente. En ese sentido es importante mencionar el trabajo

realizado por diversas instituciones con jóvenes en situación de riesgo social, en los cuales se incluyen menores infractores y/o grupos que tienen conductas agresivas.

Esto es importante ya que la gestión de un espacio no debiera descuidar aspectos vitales para el éxito de una política juvenil, como pueden ser el cumplimiento de normas básicas de convivencia, el reconocimiento de límites por parte del grupo benefactor o el respeto por el trabajo y/o actividad desarrollada dentro del espacio compartido.

En general, debemos decir que una serie de características más o menos generalizables podemos encontrar en aquellos grupos con conductas agresivas que en forma de barras constituyen una parte de nuestra población objetivo:²

- Una búsqueda de satisfacción inmediata, desde una óptica del presente que impide la elaboración de un proyecto a largo plazo como expectativa movilizadora.
- Ante los conflictos, hiperactuación impulsiva y violenta no sólo en sus movimientos sino también expresada gestual y verbalmente.
- Incapacidad de mantener la concentración por un período prolongado.

En cuanto a la autopercepción como grupo diferenciado, diversos trabajos nos hablan de una percepción vivencial esencialmente pesimista necesitada de una contrapartida exterior optimista y autosuficiente para sobrevivir en un medio hostil.

Ante la constatación del abandono y el fracaso escolar como problemática generalizada entre nuestra población objetivo, una de las afirmaciones de un joven de 15 años nos define su concepto en cuanto a «la inutilidad de ir tantos años a un lugar donde no se aprende nada que sirva para algo». Asumir esta postura resulta clave para su propio futuro, ya que con ella se abre paso una marginalización creciente de quienes no acompañan la expansión educativa.

Por otro lado, trae consigo consecuencias en lo afectivo, ya que para mantener un nivel social equivalente al de los padres, por ejemplo, se requiere de un nivel educativo mayor, con lo que hay una

2 «En tránsito, realidades y actitudes de los jóvenes uruguayos», Laurnaga, Bango y Franzoni. Foro Juvenil.

ilusión de movilidad social ascendente al lograr «un escalón» educativo más alto que el que tuvieron los padres. Cuando sólo se logra una educación del mismo nivel que el que tuvieron ellos, se produce un objetivo descenso social.

Otros actores escogidos para expresar las frustraciones y el descontento de este sector de jóvenes lo constituyen los partidos políticos (por su «despreocupación por los jóvenes») y el Estado, expresado en su rol de agente represor. Estas expresiones despectivas y desilusionadas que no ofrecen (en general) distinciones ni matices en una visión pesimista del futuro, ambientan las salidas individualistas como única alternativa eficaz de evolución posible.

Como condición para achicar las distancias y los preconceptos mutuos entre las políticas estatales y los jóvenes beneficiarios es necesario profundizar en el análisis de estas conductas y en las alternativas implementadas.

La búsqueda de soluciones con participación de los involucrados en cada zona resulta imprescindible, máxime si se tiene en cuenta que con la apertura de nuevos espacios destinados a políticas con jóvenes aparecen, (desde los propios jóvenes) celos, boicots y hasta agresiones. Estas conductas no son más que expresiones de incertidumbre y desconfianza ante lo desconocido, lo externo, verdaderas amenazas para la identidad y el protagonismo en «su» territorio.

III. COOPERACIÓN ENTRE AGENTES PÚBLICOS Y PRIVADOS

El modelo de atención integral comienza a ser implementado en diversas ciudades desde hace un lustro, aproximadamente una década después del retorno de la mayoría de las democracias latinoamericanas.

Cada vez más, los gobiernos locales asumen mayores responsabilidades. Por ejemplo, el Programa de Atención Integral al Adolescente (PAIA) en Montevideo es sostenido por la IMM en sus diferentes ámbitos. En los aspectos referidos a la atención primaria de la salud, a través de convenios «División Salud de la IMM-Comisiones Barriales» y en cuanto a los Centros Juveniles a través de convenios de la Comisión de Juventud IMM con las ONG'S gestionantes de los espacios.

Una limitante importante para la multiplicación de estas experiencias la constituye el aspecto financiero, especialmente en lo

referido al pago del personal técnico y recursos humanos pagos mediante convenio con las ONG'S. En la actualidad, la financiación de los Centros Juveniles consume el 70% del presupuesto de la Comisión de Juventud en Montevideo y esto mismo sucede con los organismos de la región que impulsan experiencias similares.

Otro aspecto importante en este proceso lo constituye la elección de estas zonas para comenzar la experiencia de los espacios juveniles, ya que se combinan factores externos a los decididores con lineamientos propios de los responsables municipales.

Entre las preocupaciones de los decisores políticos encontramos la voluntad de ubicar geográficamente a estos centros en las zonas más carentes de ofertas culturales y acciones institucionales junto a la necesaria existencia de un grupo o comisión juvenil capaz de «darle vida» al espacio. Aún con estas condicionantes dadas, un factor territorial (la existencia de una propiedad municipal para usufructuarla para esos fines o la posibilidad de adquirir una vivienda) se vuelve clave para iniciar un proceso de gestión.

Con diferente suerte, los procesos de apertura de los centros mencionados desnudó los primeros problemas estructurales, las carencias (de eficiencia en el trabajo, de disponibilidad de recursos y en el manejo de situaciones imprevistas) y dejó entrever algunas señales para no perpetuar los errores cometidos. Algunas de ellas fueron la necesidad de contar con técnicos capaces al frente de los espacios juveniles y la convicción de contar con organizaciones idóneas en la temática juvenil, a quienes se les pueda exigir evaluaciones.

La particularidad de cada Centro radica en gran medida en las características de quienes están al frente de los mismos, de la ONG a la cual representan, del relacionamiento con los Gobiernos Locales y la estructura municipal, de los jóvenes asistentes a los espacios físicos y de la identidad cultural de la comunidad local, además de otras variables que inciden de una u otra forma.

1. Modo de gestión

Más allá de las diferentes formas de gestionar los espacios, existen una serie de similitudes entre las propuestas en desarrollo. La más relevante la constituyen los objetivos compartidos:

— Crear y recrear un espacio de encuentro entre iguales con

- reconocimiento en la zona.
- Brindar alternativas a los jóvenes para el uso activo del tiempo libre.
- Fortalecer las iniciativas y actividades que los jóvenes de las respectivas zonas realizan.
- Colaborar con la inserción social de los jóvenes: estudiantil, familiar, laboral.
- Desarrollar actividades puntuales y periódicas en instituciones y espacios fuera del centro juvenil a fin de llegar a mayor pluralidad de jóvenes.

2. Sistemas de actores. Relación y tensión. Negociación

Los actores que interactúan en la gestión provienen de diferentes ámbitos y se manejan con lógicas diversas, por lo que a menudo deben aprender en la práctica los distintos mecanismos con los cuales se manejan sus pares.

Las responsabilidades, muchas veces compartidas, aún no se han delineado claramente en ninguna de las experiencias que conocemos, existiendo conflictos que se traducen en la resolución de tareas específicas como:

- Apertura y mantenimiento de los locales.
- Planificación y ejecución de eventos juveniles en y desde el local.
- Desarrollo de actividades de acuerdo a cronograma elaborado en un Plan de Trabajo.
- Coordinación con el Gobierno Local en las acciones a desarrollar.
- Difusión de las actividades en el entorno del zonal.
- Consulta y captación permanente de las demandas juveniles.
- Identificación de las necesidades del Centro Juvenil y capacidad de resolución.
- Articulación de recursos zonales para su utilización por parte de los jóvenes de la zona.
- Elaboración de materiales específicos para los beneficiarios del Centro.
- Realización de un banco de datos con información disponible.

La discusión en torno a los avances de la descentralización

emprendida en la región (y llevada adelante por los distintos organismos zonales) está presente en cada momento y se expresa en múltiples desencuentros. A menudo se proyectan actividades que requieren avales de las autoridades correspondientes, avisos a los directores zonales, apoyos de las comisiones barriales, financiación desde las estructuras centrales del Estado y gestión de los equipos humanos del espacio juvenil.

Obviamente los ritmos necesarios para la planificación del evento o actividad difieren de los establecidos para una serie de organismos tan pesados como prescindibles. La dificultad de la institución municipal para acompasar los ritmos que marca la realidad juvenil es tan grande como la dificultad para variar las respuestas ante la variedad del entorno.

¿Hasta dónde es necesario o legítimo solicitar el apoyo de una comisión de cultura de la zona o de un Concejo de Vecinos para realizar una serie de propuestas culturales organizadas por un grupo de jóvenes? ¿Ayuda a la consolidación de un espacio de participación juvenil la evaluación que un grupo de adultos realiza de un evento con pautas, expresiones, organización, estética y contenidos definidos por adolescentes?

Estas situaciones aparecen en forma frecuente y son puntos de fricción entre actores situados en diferentes lugares de la descentralización.

A nuestro entender, es sano que éstas y otras diferencias existan, ya sea para discutir las, defenderlas o posibilitar al otro la comprensión de un punto de vista antes desconocido. Es en función de estos desencuentros que se puede ir construyendo el proceso descentralizador en el cual conviven distintas lógicas de pensamiento y actuación.

Existe otra forma de relacionamiento poco aprovechado y es en relación con agentes privados residentes en la zona, a menudo colaboradores de las actividades de los CJ. Es aquí donde la gestión se realiza en forma conjunta, con los organismos centrales como aval del emprendimiento iniciado por los jóvenes del lugar. Esta modalidad aparece también a la hora de iniciar conversaciones con instituciones de la zona: Iglesia, clubes, escuelas o liceos.

IV. POSIBLES ESTRATEGIAS Y PROYECTOS DE DESARROLLO LOCAL

El diagnóstico del punto anterior torna imprescindible la elaboración de una estrategia para cada uno de los formatos y experiencias regionales de espacios juveniles municipales y otra estrategia focalizada elaborada a partir de los equipos zonales o territoriales.

Es evidente que la política de espacios juveniles se enmarca dentro de la descentralización planteada por las propias ciudades para todos los ámbitos de su intervención y cuyo objetivo básico es la democratización de la sociedad.

En un sentido amplio, los espacios juveniles municipales podrían ser concebidos como instrumentos activos al servicio de la juventud y sus necesidades, creadores de bienes, prestadores de servicios y promotora de cultura. En el ámbito específicamente juvenil se podría incluir el papel a jugar en los aspectos educativos, integradores y formadores, si de adolescentes estamos hablando. Para la necesaria eficacia de las acciones requeridas, se torna imprescindible acotar y focalizar las políticas juveniles en el entorno barrial, por lo cual llegamos a establecer nuevamente nuestra población objetivo y, por consiguiente, el alcance de nuestras propuestas.

Resulta fundamental el conocimiento y convencimiento (por parte de los diferentes actores vinculados) de que en la ejecución del programa se debe poner énfasis en dos supuestos centrales:

- Necesidad de que las políticas para los adolescentes se desarrollen con una perspectiva integral con participación de los diferentes actores involucrados.
- Que la formulación de actividades para este grupo etéreo se haga en forma específica y exclusiva.

Entramos de esta forma a un punto fundamental en cualquier proceso de consolidación de todo proyecto de desarrollo local: *la formación de los actores locales*.

Otros aspectos a desarrollar surgen de experiencias de diversas ciudades del mundo relacionadas con el voluntariado social, las cuales podrían ayudar a pensar en nuevas formas de protagonismo juvenil.

Intentar mecanismos para nutrir a los programas zonales de jóvenes voluntarios sería una propuesta nada despreciable, para la cual se debería pensar en posibles convocatorias.

A continuación se presentan algunas líneas a explorar para una propuesta preliminar de estrategia, las cuales deberían ser chequeadas en los trabajos junto a los actores locales.

1. Talleres, formación de monitores, voluntariado y empresarios

a) Talleres de gestión de espacios juveniles

En este marco aparece como imprescindible la promoción de espacios de debate sobre los espacios existentes, no sólo para legitimar y respaldar las acciones emprendidas sino también para intercambiar ideas acerca de las formas de gestión.

Un saneamiento en torno a los recursos destinados al mantenimiento de estos espacios, y la difusión de la infraestructura y potencialidades disponibles contribuirían a promover la participación y coordinación de los actores locales y la optimización de los recursos disponibles.

Estos intercambios, dirigidos básicamente a la estructura municipal descentralizada, directores municipales, ONG'S, organizaciones barriales, comisiones barriales y grupos de jóvenes organizados podrían despejar dudas e intentar nuevos caminos para promover la creación de espacios para el desarrollo individual y colectivo para/de los jóvenes en sus propios barrios.

La juntas departamentales, concejos deliberantes u organismos homólogos y agencias de cooperación internacional podrían ser protagonistas de aportes interesantes en esta línea.

b) Formación de monitores

En el Plan de Trabajo aparece en forma superficial, por lo que no es menor subrayar que una buena línea de trabajo podría ser la formación de monitores o agentes locales, enfatizando en el desarrollo de líderes en recreación capaces de multiplicar acciones al aire libre y en el entorno de las barriadas.

No es novedad que el espacio físico de cualquier local resulta insuficiente para el desarrollo de una política de juventud, más teniendo en cuenta la diversidad de los grupos juveniles en tanto gustos, preferencias, intereses o aspiraciones.

Estas características y la identidad cultural desarrollada a

partir de la territorialidad hacen imposible la integración de jóvenes en el mismo espacio: se pueden sentir locales o visitantes, propios o ajenos, cómodos, integrados, marginados, etc., entre otras cosas según la actividad propuesta, quiénes la lleven adelante y en dónde se desarrolle.

En ese sentido es necesario pensar en actores capaces de abrir espacios zonales para la participación en ámbitos hasta ahora subutilizados. Las experiencias de las «Vías Blancas» y «Zonas de Recreo» desarrolladas con varias ONG'S en espacios públicos de las ciudades del Cono Sur pueden ser un ejemplo válido si se complementa con clubes deportivos, salones comunitarios o centros de concentración juvenil.

c) Voluntarios

Dada la necesidad de recursos humanos, no sería imposible pensar en un programa que se nutra de voluntarios para el desarrollo de diversas tareas sociales: desde organización de juegos y entretenimientos para niños hasta implementación y atención de sistemas de información, pasando por la realización de campañas solidarias o el apoyo a actividades culturales.

Algunas experiencias han demostrado la receptividad de jóvenes (principalmente adolescentes) a la hora de sumarse a campañas concretas en las cuales los fines o resultados son medidos en corto plazo.

Algunos ejemplos lo constituyen campañas de solidaridad con los países afectados por el Huracán Mitch y para con damnificados por diferentes causas que en los últimos años se han llevado adelante.

En diversas ciudades del mundo, los voluntarios son parte fundamental en programas juveniles: mientras que en Barcelona cuidan y juegan con niños en plazas y/o calles, en Madrid acompañan a la tercera edad, en Asunción se movilizaron por abrigo para los damnificados por inundaciones, en Santiago de Chile se organizan para realizar Trabajos Voluntarios en localidades del interior del país, conociendo, disfrutando y trabajando durante los meses del verano.

d) Compromiso empresarial

Un acercamiento al mundo empresarial podría ser parte también de una estrategia para la ampliación de servicios ofrecidos

desde los Centros Juveniles o Casas de Juventud.

Aún sabiendo las dificultades que existen a la hora de conseguir financiación para actividades desde lo público o lo privado, algunas experiencias indican que no es imposible obtener algún grado de apoyo.

Sería productivo pensar en un programa que pueda ser desarrollado en todos los Centros Juveniles y que cuente con el atractivo suficiente para captar recursos existentes.

El mantenimiento del entorno de cada local, la edición de boletines o revistas o la implementación de un programa de cursos de formación bien podrían ofrecerse a empresas residentes en la zona o con perfil juvenil.

2. Una visión integral

No es nuestra intención definir en el presente trabajo una línea educativa específica para los espacios juveniles municipales. Sin dudas, ésta es una de las tareas que requiere del concurso de todos los involucrados en el tema, que sean capaces de aportar (desde su conocimiento, experiencia o disciplina) una visión integral a la temática tratada.

La necesidad de incorporar una visión integral a las políticas de adolescentes y juventud es una clara preocupación de muchos especialistas y responsables de programas.

La integralidad es una condición fundamental para el éxito de una política de juventud, y aunque todos la promulguen, ésta no se decreta: se construye. Es necesario que los distintos actores involucrados: los médicos, los sociólogos, los asistentes sociales, psicólogos, gestionantes de espacios juveniles, etc., dejen por un momento su especificidad y sean capaces de pensar en todos los aspectos que tocan al joven. Lo que es nocivo, es pensar por pedazos, la idea es pensar en común aunque después se actúe por separado.

Reseñando los complejos mecanismos utilizados por los actores zonales de diferentes países para el desarrollo de trabajo directo con los jóvenes podemos reconocer algunos desajustes. Por un lado se planifican programas y actividades juveniles con pautas integrales y por otro se hacen relevamientos de información a partir de fichas individuales a cada uno de los *gurises* que tomadas en su conjunto permiten establecer un diagnóstico o perfil de riesgo. A menudo resulta que esta información disponible no se utiliza

adecuadamente y no es manejada por el resto de los actores de los programas.

3. Desarrollo con equidad y especificidad

Todo parece indicar que sin descuidar al conjunto de la juventud, se debería hacer énfasis en los jóvenes desamparados y no en los que están bien integrados desde los puntos de vista familiar, escolar y profesional.

Por otro lado, los resultados de la permanencia en los sistemas de educación formal en los últimos años a la hora de acceder a puestos de trabajo podrían sino poner en duda esta opción, relativizar los beneficios de la enseñanza.

Más que para conseguir trabajo, los jóvenes que permanezcan por más años en la enseñanza secundaria (y que eventualmente egresen) estarían en condiciones de no competir por un empleo con quienes se encuentren un escalón más abajo, en un nivel escolar, por ejemplo.

Si coincidimos en que la mayoría de los jóvenes marginados social y culturalmente no saben cómo presentarse o comportarse ante una posibilidad de empleo, se tornaría imprescindible *promover planes para la transmisión de pautas culturales de trabajo, a implementarse con la cooperación público-privada según las necesidades detectadas.*

Estos sectores de jóvenes no pueden llegar a utilizar las ofertas de trabajo por no poseer los atributos culturales mínimos indispensables para la interacción social.

En cuanto a la política de gestión de los espacios juveniles, en vez de buscar la integración social de los jóvenes pensando en la paz social, más que en los propios jóvenes, habría que fomentar en ellos la capacidad de ser actores de su propia vida, capaces de tener proyectos de elegir, de juzgar de modo positivo o negativo, capaces también de tener relaciones sociales, ya se trate de relaciones de cooperación de consenso o conflictivas.

En vez de buscar el camino más directo que lleva a la participación social, debemos reconocer que el más seguro es también el más indirecto, el que pasa por el fortalecimiento del individuo.

Difícilmente la evaluación de un centro juvenil pueda realizarse totalmente a partir de indicadores de participación en las distintas actividades desarrolladas con el transcurso de los meses.

Sería erróneo pretender establecer conclusiones en clave de éxito o fracaso teniendo en cuenta sólo el monto del financiamiento mensual del Centro Juvenil y la cantidad de muchachos involucrados con el mismo. En muchas ocasiones, los verdaderos protagonistas de la gestión de los centros son los grandes ausentes de las evaluaciones.

Al igual que las comisiones juveniles de los barrios, la población de las Casas de Jóvenes tiene sus altibajos y renovaciones en su propia integración. Los empleos conseguidos, las carreras escogidas, la movilidad de los hogares, el propio crecimiento (y su consiguiente cambio en las prioridades) y hasta los embarazos precoces, constituyen motivos más que suficientes para «desertar» del marco estructurado de una política institucional de juventud que a menudo es «para» la juventud.

Sin embargo, ¿quién es capaz de evaluar hasta qué punto influyó la presencia del Centro Juvenil en la adquisición de las características fundamentales de la personalidad y la conducta de los adolescentes que por allí pasaron? ¿Cómo saber el papel jugado por los educadores al frente de estos espacios y su relación con cada uno de estos muchachos?

El establecimiento de indicadores claros al inicio de cada etapa debe de acompañarse necesariamente de un plazo temporal, incluyendo (como parece ser necesario) supuestos como el no acontecimiento de robos, enfermedades de los gestionantes o imprevistos mayores.

Para comenzar una evaluación es necesario comenzar por los impactos específicos y si éstos se cumplieron, continuar por los impactos generales esperados.

En caso de constatar el no cumplimiento de los impactos específicos, es necesario situarse en los productos creados para lograr tales propósitos y así sucesivamente hasta encontrar el lugar de la cadena,³ donde se localizan los problemas.

Es a través de consultas barriales, oportunidades de aparición en la prensa barrial, cantidad de invitaciones recibidas a foros zonales, eventos coorganizados con instituciones locales, muchachos vinculados a talleres o jornadas puntuales, acercamiento de nuevos integrantes, disminución o aumento de jóvenes mujeres y de tantos otros indicadores (que pueden incluir hasta la cantidad de agresiones o robos sufridos) que se constata la marcha en la gestión. Sólo así se

3 Insumos - productos - impactos específicos - impactos generales.

podrá afirmar avances o retrocesos en torno a la imagen del centro, seguridad, amplitud, eficacia, alcance, resultados individuales, cuidado de los recursos disponibles, formación de una identidad colectiva y otras variables definidas como importantes en su momento.

Ante el convencimiento de la validez del trabajo con jóvenes condenados a la exclusión sociocultural, es necesario insistir con la apertura de los programas a la gran diversidad juvenil que se expresa en la música, la moda, el barrio, los pasatiempos, la territorialidad y hasta el lenguaje utilizado.

En ese sentido, la ocupación de clubes zonales, escuelas, salones, canchas de deportes, parroquias, calles del barrio o espacios al aire libre aseguran la pluralidad en torno a áreas de interés (como los grupos de teatro que gestionan sus propios lugares de ensayo) y lugares de procedencia (evitando el traslado a zonas que pueden resultar extrañas y hasta rivales). En cuanto a la edad, todo parece indicar que el acercamiento a las escuelas (en busca del contacto con los pre-adolescentes de los sextos años) constituye una buena estrategia para oxigenar la actividad de los centros juveniles.

Diversidad de políticas para la diversidad de los jóvenes. Esa puede ser una de las claves.

MONTEVIDEO (URUGUAY), DICIEMBRE DE 1998